



CARLOS SISÍ
INFIERNO

ROJO

VOLUMEN 3

minotauro

CARLOS SISÍ

INFIERNO

ROJO

VOLUMEN 3

minotauro

© Carlos Sisí, 2020
© Editorial Planeta, S. A., 2020
Avda. Diagonal, 662-664, 7a planta. 08034 Barcelona

Diseño de interior e ilustraciones, Carlos Ruiz
De las tipografías utilizadas en recursos de interior:
© Typodermic Fonts Inc. / © Nathan Rutzky

www.edicionesminotauro.com
www.planetadelibros.com

Todos los derechos reservados

ISBN: 978-84-450-0811-9
Depósito legal: B. 2.352-2020
Fotocomposición: dáctilos

Impreso en España
Printed in Spain

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

Índice

La zona de exclusión	58
Alan, Ben y el pistolero	87
La expedición	104
Cuando la tormenta arrecia	119
Quid por culo	130
Las tropas de asedio	139
La Ciudad Vieja	156
El zíngaro prestidigitador tocapelotas	174
Cadáveres	188
El descontrolado baile de la señora White	221
El Silencio de los Corderos	235
Huida hacia delante	252
San La Muerte	261
Rayos de esperanza	278
Momitos	290
Los misterios del gusano	305
Año Uno	320
La danza de los <i>tomahawks</i>	335
El plan Rochester	358
Destino inequívoco	378
El primer mandato de la presidenta Rachel West	388
Villa Vanidad	404
Infierno invierno	419

DESPUÉS

«Oiga, ¿para qué... para qué es esto? Si es por lo de las casas..., en serio, solo hacíamos nuestra parte. ¡Esas casas ya no eran de nadie, y esos monstruos se escondían en ellas! Le aseguro, por cierto, que freímos a unos cuantos de esos cabrones. Qué coño..., fuimos nosotros. ¡Fuimos nosotros! Las quemamos todas, desde Denver hasta Colorado Springs. Era... era mejor asegurarse.

(...)

»Bueno. Está bien... Mire..., tuvimos una oportunidad. No, en serio..., ¡la tuvimos! Una pequeña oportunidad, pero... la tuvimos. Al principio, me refiero, cuando todo empezó. En Nueva Jersey. ¿Sabía que soy de Nueva Jersey? No. Qué coño va a saber usted. Usted no hace más que preguntar y escarbar en el pasado, y ni siquiera sé para qué. Pues sí, el bendito estado ha engendrado un buen montón de hijos pródigos. Jack Nicholson. Bruce Springsteen. ¡Bon Jovi, joder! ¿Hay algo más americano que Bon Jovi? Y Whitney Houston, si le perdona su pequeño problemilla con las drogas, que Dios la tenga en la gloria. Yo nunca fui famoso... Me dedicaba a arreglar ordenadores de gente mayor; problemas con el wifi, virus, teclados Bluetooth desconfigurados..., esas cosas. Cobraba diez dólares con cuarenta y cinco centavos la hora. Los cuarenta y cinco centavos eran importantes; los metía en un bote y ese era todo mi plan de pensiones. El bote se quedó allí, en mi casa, si... si es que aún existe. Oí que muchas ciudades ardieron, pero quién sabe. Si llego a saber lo que iba a pasar me hubiera gastado ese dinero en una buena fiesta en Las Vegas. En los viejos tiempos podías comprar lo que fuese con dinero, ¿sabe?, en Las Vegas. Y digo cualquier cosa, incluso amor. No me refiero a un polvo o dos, sino amor, con su sello de calidad y su garantía de “durará lo que dure la pasta”. Pero ya ve... Sí, soy de Nueva Jersey. Ahora ha pasado a la historia como el estado que lo jodió todo. Es lo que dicen. Y eso que el eslogan del estado es, o era, “Libertad y prosperidad”. ¡Tócate los cojones, macho! Libertad y prosperidad. Dígame qué tiene de libre vivir como vivimos ahora, y ahórrese cualquier cosa que vaya a soltar sobre la prosperidad porque me doblaré de la risa.

(...)

»Sí, bueno. Hillsdale. Como le decía, era de allí y ni siquiera había pasado una maldita vez por ese sitio. Hillsdale. Vaya. ¿Por qué Hillsdale y no otro lugar? De todo el jodido mundo tenía que ser precisamente Nueva Jersey. Joder, un colega me dijo que lo tenían calculado. ¡Los vampiros! Lo tenían calculado, en serio. Piénselo. El estado tiene la mayor densidad de población de toda Norteamérica. ¿Se da cuenta? La mayor. Más de mil personas por kilómetro cuadrado. Un kilómetro no es mucho..., ¿puede imaginarse un kilómetro cuadrado? Ahora llénelo con mil personas. ¡Es la hostia! Como uno de los buenos conciertos de Bon Jovi, exacto. Eso es... trece veces la media nacional. Así que lo que digo es... ¿no cree que debieron de tenerlo en cuenta para... propagarse rápidamente? Porque es lo que hicieron. Se propagaron de la hostia, amigo. Rápida y definitivamente. Por eso digo que debían de tenerlo calculado. No es que eligieran Groenlandia, precisamente, o... los desiertos africanos, o Siberia, con todos esos bosques donde no viven más que bichos, sino el corazón de nuestro país. ¿A qué le suena eso? A mí me suena a un puñetero cáncer. No hay... cáncer de uña, ni de codo, ¿no?; siempre ataca los órganos vitales. Siempre donde más duele. Como los vampiros. ¿No cree que esos cabrones tocapelotas lo tenían todo calculado? Lo tenían. Lo tienen, joder.

»Lo que le digo es que tuvimos esa oportunidad. Al principio. La primera noche, la segunda noche, o incluso la tercera. Mire, incluso después de la primera semana... pudimos haber reaccionado. No me jodas. Si no hubiéramos sido tan gilipollas de no prestar atención a las cosas importantes, de creerlas incluso, estaría todo controlado. Un buen control de daños es lo que digo. ¡Eh, coronel, Nueva Jersey se ha infectado y la cosa es grave! Muy bien, pues bombardeen el puto sitio con todos los jodidos misiles que tenemos y a tomar por culo. ¿De cuánta gente habríamos hablado? ¿Unos millones? Sí, es una condenada tragedia nacional, de acuerdo. Seguro que habrían gastado un montón de pasta en hacer funerales por todo lo alto con gente famosa soltando paridas ante el micrófono y pésames oficiales volando por todas partes. Pero hubiera sido contundente, y lo habríamos parado. Como cuando se te gangrena una pierna, amigo, lo mismo. Te la cortas y sigues viviendo.

»No le dimos importancia. Pudimos haber enviado soldados. Si hubiéramos... pensado en la gente que había allí, habríamos podido enviar de todo. De todo, amigo. Pero no lo hicimos. Oh, hay gente muriendo..., vaya. Qué pena. No importa. Dejaremos que la cosa se vaya calmando poco a poco porque enviar a todos esos soldados..., oh, eso cuesta una pasta, amigo.

»En fin. El resto del mundo también pudo haber hecho algo. Pero Europa estaba como...: “Vaya, parece que en Estados Unidos están jodidos. ¿Qué interesantes oportunidades de negocio nos brinda esto?”. Los chinos y los rusos incluso enviaron aquí sus... ¿cómo los llamaría, ejércitos de salvación? Algo así. Pero les dieron fuerte por el culo, ¿sabe? Ya lo creo.

»En serio, los vampiros fueron una especie de prueba. Algo... natural, predeterminado. Una especie de destino con dos caminos para ver si elegíamos el mal camino, o una manera de comprobar si nos merecíamos nuestra posición en el mundo. Estábamos todos a lo nuestro, aislados unos de otros, pensando en nuestros problemas... ¡Eh, que los argentinos están pasándolo mal! Pues que les den por el culo. ¡Que en África hay gente que te corta el brazo con un machete, que viola a las mujeres cuando van a por agua, treinta kilómetros más allá de su aldea! Joder, que les den por el puto culo. Que hay gente hambrienta, enferma, los coreanos no tienen libertad de expresión y... ¡por el culo también! Lo único que nos interesaba... —dijo, moviendo la mano en el aire como si sopesara algo invisible— era el petróleo. Eso y los recursos minerales para producir... plásticos, microchips... Nos encantaba producir contenedores de plástico para guardar toda la basura que no necesitábamos. ¿Y por qué? Por la pasta, amigo. Entonces sí. Oh, entonces íbamos a por todas alegando... la lucha por la democracia, la libertad y todo eso. Vaya. Piénselo. ¿Qué no hubieras hecho por dinero? Porque el dinero es la libertad personal, es poder. Cuando tienes dinero te follas la realidad, a costa de lo que sea y de quien sea. Ya no necesitas... aceptación, o respeto, ni la empatía de la gente. Ya lo tienes todo, has llegado, has ganado. Por eso hacíamos lo que hacíamos. Lo que digo es que seguramente hay un sentido del equilibrio en alguna parte, algo cósmico, que nos hizo pagar el desequilibrio en el que habíamos caídos. De haber pensado de otra manera, de habernos unido

y presentado un frente común y haber pensado los unos en los otros, amigo, ahora no estaríamos viviendo en esta cloaca, celebrando que el suelo aún produce zanahorias gracias a esos agujeritos de mierda que hicimos en el techo. Creo que estos días los monos ecuatorianos viven mil veces mejor que nosotros, y eso... eso es el equilibrio.

»Se lo digo, amigo. El vampiro... ha sido, y es..., el equilibrio del desequilibrio.»

ANTES

—Cuéntame otra vez lo de Lincoln.

Sappy puso los ojos en blanco. Tamborileó en el volante con los dedos mientras esperaba a que el semáforo se pusiera en verde.

—¿Otra vez? —preguntó irritado—. ¿Qué es lo que te cuesta tanto entender, tío?

Neil sacudió brevemente la cabeza.

—Tú... tú solo cuéntamelo otra vez, ¿vale? —exclamó en voz baja—. Por favor. Quiero... Necesito ordenar mis ideas antes de que lleguemos. Si tengo que ocuparme de un tío, me gusta saber qué historia hay detrás, ¿sabes? De lo contrario..., si desconoces el trasfondo que subyace tras un hecho determinado, y aun así lo provocas..., ¿en qué te convierte eso?

—Subyace, dice —susurró Sappy, arrastrando las sílabas mientras negaba con la cabeza—. Escucha, voy a contártelo otra vez. Por tres razones —dijo, levantando tres dedos en el aire—. La primera es que aún faltan cuarenta minutos hasta el búnker-mansión de Lincoln, y eso significa que tenemos tiempo. La segunda es que somos amigos, así que no me importa gastar un poco de saliva en masajear tus neuronas, a ver si..., bueno, ya sabes..., hacen contacto.

Neil sonrió.

—La tercera... es que tienes razón en que el asunto es un poco confuso. A mí no me importa lo que haya detrás. El jefe ordena algo, nosotros lo hacemos y ganamos pasta. No necesito saber nada más. No me interesan ni las motivaciones del jefe, ni su ética o su falta de ella. Me gusta mi trabajo y me gusta la pasta. Es de una... hermosa y cristalina sencillez, ¿no te parece?

—Sí, sí..., desde luego —admitió Neil—. Hay una innegable belleza intrínseca en lo sencillo.

Sappy asintió. Neil tenía la costumbre de usar palabras poco convencionales todo el tiempo. Si estaban en mitad de algo, como un trabajo, por ejemplo, esa costumbre podía irritarlo bastante. Lo único que no necesitaba cualquier situación relacionada con el trabajo era una interferencia de cualquier clase, algo como un mensaje ambiguo del que no comprendiera perfectamente el significado de cada palabra. Podía significar el salto de la vida a la muerte, desde luego. Pero Neil era poco convencional en todo lo que era, lo que lo representaba e incluso en aspectos como el vestir; como si hubiera salido de una novela de época. Comía guisos extraños

que él mismo cocinaba, con ingredientes que compraba en mercadillos selectos de la ciudad; verduras cultivadas en huertas privadas, sobre todo. Bebía zumos y batidos de verduras en vez de alcohol y fabricaba su propia cerveza, su... Cerveza Sin Nombre. Sappy podía dar fe de que sabía como ninguna que hubiese probado; un poco grosera al principio, pero con un regusto excelente, y alimentaba tanto como un desayuno a base de tortitas. También leía montones de libros. Eso no era tan raro, desde luego, pero no conocía a ningún otro compañero de trabajo que leyese cosas como *La campana de cristal*, de Sylvia Plath, o *Jacques el fatalista*, de Denis Diderot. Jesús, ni siquiera tenía televisor en su casa. Pero en una conversación relajada como la que estaban teniendo, en esos momentos previos a un trabajo, a Sappy le gustaba conversar con Neil. Era estimulante la mayoría de las veces.

—En fin —resolvió Sappy con un sencillo gesto—. Si te gusta conocer el trasfondo de la historia, me parece bien. En mi cabeza tiene sentido. Conocer los antecedentes, las variables que motivaron la situación que tenemos entre manos...

—Exacto —comentó Neil, levantando un dedo en el aire—. Es lo justo. Si vas a ocuparte de alguien, lo mínimo es saber qué lo llevó allí.

—Reconócelo: lo que te gusta de todo esto es la historia.

—Además de eso —admitió Neil pensativo.

—Empezaremos por el principio.

Neil asintió mientras el coche aceleraba progresivamente por la avenida. Atardecía, y en esa época, en California significaba atardeceres rosados con cielos encendidos de una calidez cromática que invitaba a la contemplación y al asombro. Uno se sentía casi obligado a hacer una pausa en lo que quiera que estuviera haciendo y, si tenía la suerte de estar en un lugar despejado, admirar la magia de la creación.

—El principio es el propio Lincoln, desde luego —susurró Neil—. Dicen que era un buen tipo.

—Sí que lo era. Un buen tipo, desde luego. Lo llamaban Lincoln por algún motivo, además de por su aspecto. Pero se cuenta que un día volvió a casa algo más tarde de lo habitual, se plantó delante de su mujer, que estaba en el salón trabajando en su proyecto de ayuda a niños... especiales... y le dijo: «Cariño, me han disparado».

—«Cariño, me han disparado» —repitió Neil—. Qué bueno.

—Eso es. «Cariño, me han disparado.» Ella se quedó mirándolo. Si la conociste, es fácil imaginarla mirando por encima de sus gafas de ver de

cerca, con el pelo algo canoso cayendo lacio a ambos lados de la cabeza, un poco perpleja y mirando a su marido mientras buscaba alguna herida en el cuerpo. Debí de poner esa cara que ponía cuando preguntó: «¿De qué estás hablando?», o tal vez... «¿Estás herido?». Es posible que Lincoln tuviera puesta la mano en el centro del cuerpo cuando lo dijo, así que ella debí de mirar su mano sin ser capaz de encontrar el más mínimo rastro de sangre en ninguna parte. Pero Lincoln le explicó lo que le había pasado. Se lo contó a ella y a un par de amigos del jefe, así que... la historia trascendió de primera mano. Le dijo que había cruzado por un callejón entre la novena y la décima de Martin Luther King.

—¿En San Luis?

—En San Luis. Uno de esos callejones oscuros llenos de basuras de los comercios.

—Sí, ya sé.

—Dijo que... un tipo se le había plantado justo delante, en mitad del callejón, y Lincoln pensó: «Vaya, ya está. Un atraco.» Debí de sacudir la cabeza, porque más tarde dijo que llevaba setecientos treinta dólares en la cartera, y eso... eso es pasta en cualquier libro.

—Ya lo creo.

—Pero, en fin..., Lincoln avanzó despacio hacia el tipo y levantó los brazos en plan: «No quiero problemas, ¿vale?». Le dijo que podía quedarse todo lo que llevaba: la cartera, el móvil... Hasta le dijo la cantidad que llevaba en la cartera, más unos dólares sueltos en los bolsillos. ¿Qué te parece? El tipo debí de pensar que era el día de Navidad.

—¡Sin duda! Un trabajo sencillo donde los haya.

—Eso es. Solo le pidió... que no le quitara la alianza de matrimonio, que no tenía ningún valor más que los veinte dólares por gramo que te dan en cualquier tugurio, pero que para él significaba mucho. Pero el tipo no dijo nada, solo se quedó mirando, y Lincoln pensó que, aunque no iba mal vestido, puede que fuese un yonqui. Se asustó un poco, ya sabes. Los yonquis son impredecibles, no actúan con lógica. ¿Quién sabe en qué parte de su paranoia entras tú? Y tenía un arma, recuérdalo. Tenía un arma y estaba apuntando a Lincoln a la altura del pecho.

—Al pecho —dijo Neil pensativo—. No era la primera vez que usaba un arma, probablemente.

—Es justo lo que pensé yo. La gente que apunta a otro por primera vez en una situación cara a cara suele hacerlo a la cabeza, porque es donde

están acostumbrados a mirar. No saben lo difícil que es acertar a alguien en la cara. Cuando has disparado varias veces, apuntas al cuerpo.

—Eso es —exclamó Neil, asintiendo.

—Pero Lincoln no sabía nada de eso, de todas formas. Ya estaba lo bastante asustado. Le preocupaba que el yonqui pudiese no hacer lo más sensato, que era llevarse la pasta y dejarlo en el callejón para ahorrarse una condena larga si lo pillaban. Estaba muy asustado, y estaba a punto de señalarle que podía largarse con todo el botín cuando... el tipo disparó.

Neil asintió mientras miraba alrededor, atendiendo con los ojos entrecerrados y los labios ligeramente adelantados, como solía hacer cuando escuchaba con atención. A su derecha, el aparcamiento de un Walmart empezaba a quedarse vacío; los últimos clientes arrastraban trabajosamente sus carritos hacia los coches aparcados.

—Lincoln dijo muchas veces que sintió la bala. Sintió cómo la bala le atravesaba el cuerpo, lo... perforaba. Sintió cómo lo recorría por dentro y hasta notó el empuje del proyectil en la espalda, abriéndose camino para salir. Dio unos pasos hacia atrás, dando un grito y pensando: «Bueno, ya está, esto es todo. Se acabó.» Luego se miró el cuerpo. Esperaba ver un tremendo destrozo; es lo que dijo. Sangre. Un agujero en la ropa. Olor a quemado, a pólvora. Algo así. Cualquiera de esas cosas. Pero no encontró nada, solo tenía esa sensación de quemazón en el cuerpo.

—Vaya —exclamó Neil.

—Oh, no te hagas el arrogante —comentó Sappy mirando al frente—. Tú y yo no sabemos lo que se siente cuando te pegan un disparo en las tripas, afortunadamente.

—No, no lo sabemos. Y espero no saberlo nunca.

—Eso es. Pues este tipo, Lincoln, después de un rato, miró por fin al yonqui. No sé qué pensó, pero apuesto a que se convenció de que lo que había sentido debió de ser puro miedo. Pura sugestión, ya sabes. Había oído el disparo, que en ese callejón debió de sonar como un trueno de narices, y su mente reconstruyó el resto de la escena sobre lo que pensó que pudo haber pasado. Pero lo cierto es... que no tenía ni un solo rasguño, ni en el cuerpo, ni en los brazos, ni en ninguna otra parte. Miró al tipo y..., agárrate..., le dijo: «Has fallado». Imagínate eso. ¡Imagínatelo!

Neil rio con ganas.

—¡En vez de salir corriendo o cualquier otra cosa, miró al tipo y le dijo: «Has fallado»! Diablos, Neil, ¡casi lo estaba provocando para que le disparara otra vez!

—Apuesto a que fue puro alivio.

—Sin duda —respondió Sappy—. Eso es. Pensó: «Ya está, ha pasado. Me ha disparado y no me he muerto». Pues bien..., según contó luego, el tipo sonrió, guardó la pistola, lo miró con desdén y le dijo: «No he disparado a tu cuerpo, sino a tu alma. Te he matado el alma».

—Esa parte es buenísima —susurró Neil.

—«Te he matado el alma», dijo el tipo. Te he... matado... el alma. —Hizo una pausa—. Te juro que, cuando me lo contaron, pensé que debía de ser uno de esos bravucones que no admiten perder ni aunque compitan con un corredor de atletismo olímpico. En plan: «No he fallado, es que te he dado en el alma».

—Sí, cierto. Esos tipos... —susurró Neil, sonriendo.

—Esos tipos. Bien, llegado ese punto, Lincoln pensó que debía de tratarse de una broma. Tenía las manos levantadas, así que las giró a un lado y a otro como una de esas marionetas antiguas que se manejaban con cuerdas.

—Muy gráfico.

—Y le dijo: «¿Es una broma?». Miró alrededor, esperando ver..., no sé, a alguien de la oficina, a su mujer quizá, con algunos amigos. Pensó: «¿Es mi cumpleaños? ¿Es el... aniversario de algo? ¿Qué me he perdido?». Pero en el callejón no había nadie, y el tipo que le había disparado, después de guardar la pistola, se dio la vuelta y se marchó.

—Qué situación...

—Imagínate a Lincoln pensando: «Caray, ¿qué acaba de ocurrir?». Pero el mundo está lleno de chalados, al fin y al cabo, y Lincoln pudo pensar que, por pura estadística, en algún momento debía tocarle a él. Los ves por la tele, y a veces también por la calle, pero... pero alguna vez te tiene que tocar uno de lleno, así que... se quedó mirando cómo el tipo desaparecía de su vista. ¿Sabes qué hizo después?

—Se tomó un irlandés.

—No, no se tomó un irlandés. Empezó a buscar la bala que, supuestamente, le había disparado, y que debía de haber ido a parar a alguna parte del callejón.

—No se creyó su propia teoría de la broma, ¿eh?

—No sé en qué cojones pensaba, la verdad, Neil —exclamó Sappy—. Imagino que, en una situación así, piensas muchas cosas a la vez. Supongo que a ratos debió de creer que podía ser una broma, y a ratos debió de

pensar que alguien le había apuntado con un arma y le había disparado solo porque... , no sé, era viernes por la noche o porque habían ganado los Red Sox. Así que tuvo la curiosidad y el instinto de buscar esa bala. Tal vez como recuerdo de aquella situación surrealista.

—Entiendo —susurró Neil.

—Pero no pudo encontrarla, y ese es el tema —exclamó Sappy—. Quiero decir, tenía la posición del tipo cuando disparó, y también el ángulo. No es muy difícil, con esas variables, encontrar una bala empotrada en una pared, ¿no te parece? Aunque la pequeña cabrona hubiera rebotado y se hubiera ido a tomar por culo.

Neil asintió brevemente.

—No, desde luego.

—No sé. ¿Cuántos casquillos y balas hemos buscado nosotros, incluso con el tiempo pegado al culo, con las sirenas de la pasma aullando cada vez más cerca?

Neil levantó un dedo en el aire.

—Unos cuantos —respondió tajante.

—Unos cuantos —repitió Sappy—. Pero Lincoln no encontró nada. Por mucho que miró y rebuscó marcas en las paredes y hasta en el suelo, no pudo encontrar adónde había ido a parar esa pequeña cabrona. Así que... , después de un rato, Lincoln se encogió de hombros y se marchó a casa.

—Caramba —exclamó Neil—. ¿No fue a tomarse una copa? Yo me habría tomado un irlandés, eso seguro.

Sappy sacudió la cabeza mientras hacía girar el volante.

—Naa —contestó—. Lincoln no era de esos tipos. Iba de casa al trabajo y del trabajo a casa. Cuando salía lo hacía siempre con su mujer, y únicamente a comer a algún restaurante o a dar paseos.

—Vaya. Entonces... solamente llegó a casa y...

—Llegó a casa y, naturalmente, se lo largó a su mujer. Cielos. La verdad es que tuvo una manera graciosa de contarle, eso hay que reconocerlo. Se plantó delante y le dijo: «Cariño, me han disparado».

Neil volvió a reír con ganas.

—Sí, pero... —exclamó, levantando un dedo en el aire—. Pero... sí que le dispararon. Esa parte de la historia es cierta, por mucho que Lincoln no pudiera encontrar la bala.

Sappy suspiró antes de seguir hablando. Tenía las dos manos sobre el volante, los dedos pulgares extendidos el uno hacia el otro.

—Sí, esa parte es cierta. —Hizo una pausa—. Le dispararon. Pero ahí la opinión sobre la historia se divide en dos. Hay quienes creen que la historia es auténtica y que esa noche Lincoln perdió realmente su alma. Y, por supuesto, hay otros que creen que Lincoln se sugestionó con el incidente y pudo hacerse preguntas sobre lo que era el alma y, sobre todo, lo que significaba perderla. Imagínatelo tumbado en la cama, tocándose el pecho bajo el pijama para asegurarse de que realmente no había ningún agujero, pensando en lo que había sentido cuando ese tipo disparó el arma. Tuvo que comerse el tarro más que con una habitación llena de humo de hierba.

—Imagino que una experiencia así puede tocarte mucho si dejas que te permee.

—Permea. Qué bueno —susurró Sappy—. El caso es... que la historia no sería la mitad de buena si no fuera por el hecho que ya conoces. Que Lincoln cambió radicalmente en cosa de pocos días.

—Exacto —asintió Neil.

—La lista es increíble. Pasó de ser uno de los máximos benefactores de la YMCA, la Young Men's Christian Association, a ponerles una denuncia por disputa de uso de terrenos. Dejó todas sus implicaciones en asuntos sociales y su cargo en la NAFFA, una asociación que ayudaba a padres y madres a involucrarse en la educación de sus hijos. Los echó del edificio que ocupaban enviándoles un abogado con un traje de tres mil dólares, canceló los eventos de no sé qué movida de lucha contra el cáncer, de una fundación para animales abandonados, cortó todas las donaciones y ayudas a los comedores sociales de la zona y otras diez asociaciones que ofrecían ayudas a los sintecho, a animales desfavorecidos por el abandono y hasta a un pequeño grupo de psicólogos que ofrecían charlas y apoyo a las mujeres maltratadas.

—Eso no lo había oído —susurró Neil.

—Me lo contó Newman en persona.

—¿Nuestro Newman? ¿El Newman de Alabama?

—El Newman de Alabama.

—Sí que debe de ser cierto entonces —dijo Neil pensativo.

—Ya te lo digo yo. Hizo todo eso con unas pocas llamadas en el transcurso de unos días y, naturalmente, llamaron a su mujer de algunos de esos sitios en plan: «¡Kate, tu marido nos ha cerrado el grifo. PON ORDEN PERO YA!».

—Sí, ya te sigo... —comentó Neil, sonriendo.

—En fin. No hay manera de saber lo que ocurrió después de que ella le plantara cara, desde luego, pero... la mujer de Roy le contó a Mankie parte de lo que se dedujo en la investigación que hubo después. Por lo de la paliza y todo eso.

—Ya veo...

—Imaginemos primero a Kate, con los brazos en jarras, plantada delante de él. Debía de caer el atardecer, y el salón de la casa podría tener aquellas lamparitas Tiffany de Kate encendidas en las esquinas. Lincoln era una buena persona, un buen compañero y un gran amigo, y ella tenía mucho carácter, así que imagino que esa forma de encararlo tuvo que haber funcionado otras veces en el pasado. Debía de estar acostumbrada a que Lincoln escuchara lo que tenía que decir y luego hacer lo que tuviera que hacer para recuperarla. Pero aquel día... Bueno. Ella debió de enfadarse bastante. Se había cargado todo lo que habían estado construyendo con unas pocas llamadas y la había dejado en mal lugar. Ya no la invitarían más a las fiestas sociales ni daría el Premio Anual de la Alta Sociedad a la Buena Literatura Humanista del año. Esas cosas. Tal vez se lo dijo llorando, en plan: «¿Qué te pasa? ¿Qué te está pasando? ¡Tú antes molabas!».

—Tú antes molabas... —repitió Neil, despacio, sin dejar de sonreír.

—Algo así —contestó Sappy—. Es posible que el viejo Lincoln hubiera corrido hacia ella y la hubiera abrazado, pero...

Sacudió la cabeza. Anocheecía con rapidez y el cartel que indicaba la salida a Hillsdale ya estaba a la vista.

—Pero no ocurrió eso.

—No. Desde luego que no. La mujer de Roy trabajaba por entonces en admisiones de Urgencias. Dijo que... llegó hecha un Santo Cristo. Prácticamente le preguntó de qué modelo era el tren que la había arrojado y arrastrado por medio condado, a la vista de las heridas. Tenía... el brazo echado hacia atrás, doblado en un ángulo imposible. No sabía ni cómo había conseguido meterse en un taxi con el brazo así; cualquier movimiento debía de producirle un dolor espantoso.

—Desde luego que sí —exclamó Neil.

Sappy asintió.

—Tenía laceraciones, contusiones, hematomas, heridas abiertas. Uno de los ojos, sencillamente, no estaba. La boca parecía la de una nonagenaria, sin dientes. Tenía tantos golpes en el cuerpo y tanta sangre en la ropa que, dijeron, pudieron oler a cobre desde mucho antes de que cruzara la puerta.

—Sí. A cobre.

—Eso es. Ni siquiera sé por qué Lincoln la dejó salir de casa con ese aspecto. Esto es América en el siglo XXI, colega. La gente está muy sensibilizada con la violencia de género y esas cosas. Ya no es como antes, cuando las mujeres iban con gafas de sol después de que el marido se pusiera un poco violento al regresar a casa un viernes por la noche.

—Bueno, técnicamente no se puso... un poco violento. Por lo que has contado, parece que se puso más bien medieval con su mujer.

Sappy sacudió la cabeza.

—Se le fue la pinza, amigo. ¿Cómo lo llamabas tú a eso?

—¿Llamar a eso? —preguntó Neil con prudencia—. Lo llamaría muchas cosas. Asco. Debilidad. Ser una gigantesca bosta de elefante cagón. Lo llamaría cobardía.

—No, no me refiero a eso. Me refiero a la palabra que usas cuando alguien empieza a matar y no puede parar...

—Ah. La espiral.

—Eso es —dijo Sappy, chasqueando los dedos—. La espiral. Es una buena palabra. La veo en mi cabeza. Entrás en la espiral y es como un bucle del que no se puede salir hasta que llegas al otro lado.

Neil asintió, mirando por su lado de la ventana.

—Creo que Lincoln entró en la espiral por primera vez en su vida, y vaya si le gustó. Quizá empezó con un solo golpe; una bofetada o algo así. A lo mejor ella estaba tan indignada y tan triste por lo que Lincoln había hecho que quizá lo zarandeó un poco. Y él debió de responder. El nuevo Lincoln le dio un buen revés con la mano.

»No lo sé, colega..., quizá el tipo llevaba años tragando. A lo mejor hizo un par de cosas que no quería hacer. Muchos años de matrimonio, tío. Puede que estuviera un poco cansado de la YMCA y de la asociación pro defensa de los animalitos. Quién sabe. Pero una vez le dio el primer golpe... creo que descubrió que no podía parar. A lo mejor se quedó mirando la mejilla rasgada por el anillo, la sangre cayendo por su piel pálida. El color de la sangre contra la piel tiene su... fascinación. Tú y yo lo sabemos.

Neil inclinó la cabeza con expresión de desconcierto.

—Bueno. Es una opinión subjetiva. Nunca me ha... fascinado la sangre. Es sucia, huele mal y es bastante asquerosa, por lo general.

—Vale —repuso Sappy, levantando las manos del volante por un instante—. Puede que no haya elegido la palabra adecuada. Pero recuerda la primera vez, ¿vale? La primera vez que le metiste una bala en la cabeza a

algún tipo y te quedaste mirando cómo caía la sangre del agujero, chorreando entre los ojos. Sin duda ese fue un momento que has visto otras veces, al cerrar los ojos, años después.

Neil asintió.

—Eso sí —admitió.

Sappy sacudió la cabeza.

—Creo que Lincoln sintió algo con ese primer golpe. Se le llenaron los huevos. La testosterona fluyó. La vieja turbina de adrenalina se puso en marcha, todo el vapor bombeando la locomotora de la violencia como nunca antes la había sentido.

—La espiral.

—La espiral —confirmó Sappy.

—Pero... sigo sin entender por qué la dejó ir.

—Te lo estoy diciendo, colega —respondió Sappy—. Por la espiral. Cuando un tipo entra en ella, siempre acaba rebosando. Es como la masa madre artesana, fermentando fuera del bote. Y cuando asomas por el otro lado, necesitas un tiempo para reconectar. Apuesto a que fue entonces cuando los nudillos le empezaron a escocer, cuando se quedó mirando la sangre en sus manos, el temblor que debía de afectarlas, la tensión en sus ojos enrojecidos y venosos. Tío, debió de caerse de culo al suelo pensando en qué demonios le había pasado.

—Y ahí fue cuando Kate salió de la casa.

Sappy asintió mientras el coche descendía suavemente por una pendiente en medio de campos cultivados.

—Al parecer..., según dicen..., le costó parar un taxi. Tenía aspecto de haberse caído por un acantilado, o de haber salido de un ajuste de cuentas entre bandas, de esos chungos.

—Comprendo.

—Imagino que ninguno de esos taxistas estirados quería subirla al taxi y que le manchara la tapicería de sangre y vísceras.

—Desde luego —susurró Neil—. Pero... dime algo: ¿cómo se libró el viejo Lincoln de lo que debió de pasar después? Imagino que cuando Kate fue atendida, alguien debió de llamar a la pasma.

—Desde luego que sí, por descontado. Pero... apuesto a que puedes adivinar qué pasó.

Neil asintió con gravedad, los párpados cerrados con fuerza y el dedo otra vez levantado.

—Oh, sí —exclamó—. Lincoln tenía amigos.

—Lincoln tenía amigos —repitió Sappy—. Se libró de todos los cargos. Kate fue a vivir con su madre, en otro estado, y se dice que pudo haber recibido uno o dos avisos para que dejara las cosas como estaban. Un abogado se ocupó de los trámites de la separación, y Kate se quedó sin lo que legalmente le pertenecía. Lo perdió todo.

—Esos sí que son unos amigos de consideración —dijo Neil.

—Unos amigos de cojones. Lincoln estaba a esto de meterse en política por entonces. Lo único que lo mantenía lejos de esa basura era su integridad moral. Pero adivina qué se fue al carajo en aquellos días, junto con su matrimonio.

—Vale —asintió Neil—. Ya conozco la historia.

—Exacto. En la política es donde está el dinero de verdad, como tú y yo sabemos. Solo tienes que tener un pantalón de pescador para que el agua no te llegue a los huevos y estás listo para empezar a mover mierda por aquí y por allí, tender la red y llenar el cubo de peces. Y eso es lo que Lincoln, ahora que habían «matado su alma», estaba preparado para hacer.

—Es muy curiosa esta historia —admitió Neil—, la de la bala, la frase «He matado tu alma» y el cambio de Lincoln.

—Cualquier psiquiatra de California de cuatrocientos la hora te dirá que Lincoln se convenció de que había perdido su alma. Tenía vinculaciones con la YMCA y otras asociaciones cristianas, así que, en su cabeza, la pérdida del alma debía de estar ligada a perder la humanidad. A volverse malo. Ese relé debió de saltar en su interior como un tarro cuando giras la tapa y entra el aire. POP. Como una luz verde, un pistoletazo de salida, como si se hubiera dado permiso para dar rienda suelta a todos sus instintos, y al aspecto más chungo de su inteligencia. Esa es la clave. Su inteligencia. Lincoln ya había conseguido mucho marchando exclusivamente por el camino recto y honorable del Señor, y los dos sabemos lo que cuesta conseguir cosas cuando se toman las decisiones moralmente correctas.

—Y que lo digas —susurró Neil.

—Es un tipo listo. Así que, sin esas trabas, Lincoln empezó a florecer y prosperar como jamás soñó que lo haría. Metió mano en cada pozo inmundado de la ciudad y sacó tajada de todo: drogas, inmobiliarias, armas... Ni siquiera se vio obligado a cumplir sus promesas. Si el camino más corto de un punto A a un punto B era pisar la cabeza de alguien, ese alguien acababa con la cabeza pisada.

—Como Meyerhold.

—Precisamente. Y en ese punto nos encontramos ahora tú y yo, haciendo el trabajo sucio.

—El camino más corto entre el punto A y el punto B.

Sappy rio con ganas.

—Justamente —dijo.

—¿Qué pasó? ¿Por qué el jefe quiere ahora a Lincoln fuera del mapa? Sappy carraspeó brevemente.

—Lo que ocurrió fue... el hermano del jefe.

—Ya. Pero... ese punto es el que tengo más oscuro. Desde luego creía que no se llevaban bien.

—Y no se llevan, créeme, pero aun así, el jefe tiene sangre española, o italiana, corriendo por sus venas, y ya sabes cómo son los españoles para los temas de la familia. El jefe ha seguido ocupándose de que no le faltara de nada, a pesar de sus diferencias y de lo que ocurrió en el pasado, haciendo que el tonto del chico siempre encontrara, de una forma o de otra, un ingreso repentino o un sobre que le tapara el culo.

—Eso es bueno... —opinó Neil.

—No lo sé. En mi opinión, ha mermado la capacidad de subsistencia de ese chico. Es como el problema de los osos. A cierta gente se le ocurrió que para evitar que los osos llegaran hasta la basura buscando comida, sería buena idea poner comederos entre ellos y las casas. Alimentarlos, para que no se acercaran a las poblaciones. Naturalmente, alguien con dos dedos de frente dijo que eso sería poco menos que matarlos, directamente, porque acabarían olvidando cómo conseguir comida por sí mismos. Las madres enseñarían a sus oseznos a esperar, cerca de los comederos, a que la comida simplemente llegase, y tras unas cuantas generaciones tendrías osos gordos, perezosos, estúpidos, que lamerían las manos de los turistas para conseguir un emparedado.

—Cierto... —comentó Neil.

—Eso es lo que hizo el jefe con su hermano, entre tú y yo. Lo anuló. El chico acabó pensando que los problemas tendían a solucionarse solos, que la providencia era generosa con él, y que cuando el abismo se acercaba y la cuenta se iba quedando en números rojos, siempre acababa llegándole dinero. A veces, de las maneras más estúpidas que puedas imaginar.

—Tratándose del jefe —susurró Neil con la sonrisa torcida—, puedo imaginar cosas bastante inopinadas.

—Hacía cosas como dejar bolsas de dinero a su alcance y dejar premiados billetes de la Powerball o carteras olvidadas en la puerta de su casa con pasta dentro.

—No me...

Sappy asintió con gravedad.

—Una vez —dijo, riendo—, le encargó el trabajo a Tommy, ya sabes, el pelirrojo de Dakota del Norte.

—Oh, no —exclamó Neil expectante.

—Exacto —respondió Sappy con una carcajada—. El tío no es..., bueno, el hombre más listo del mundo. El jefe no le dio muchas explicaciones; estaba con follones de narices, todo aquel asunto del camión y los inmigrantes, ya sabes, así que le largó seis mil pavos en un sobre y le dijo que se los hiciera llegar con discreción, como siempre. Pero lo advirtió de una cosa: debía ser esa misma noche. Por lo visto, el bendito hermano se había metido en un par de deudas con gente poco... recomendable. El jefe no había tenido tiempo de averiguar quién estaba tocando los cojones a su hermano y quería resolverlo por la vía rápida.

—Entiendo —exclamó Neil.

—En fin. Tommy cogió la pasta y condujo tooooooo el camino hasta Carmel, Indiana. Pero antes de llegar, al tonto del culo de Tommy le entró hambre, así que paró en un Kentucky Fried Chicken a por uno de esos deliciosos cubos de pollo.

—Oh. El pollo de Kentucky es delicioso de veras.

—Siempre que sea el original, no esa mierda crujiente.

—¿Por qué la hacen, en realidad? —preguntó Neil—. ¿Conoces a alguien a quien le guste... el pollo crujiente?

—Cuando conozco a alguien —respondió Sappy, hablando despacio— siempre pregunto lo mismo: «Oye, gilipollas, ¿te gusta el pollo crujiente de Kentucky?». Porque si te gusta el pollo crujiente de Kentucky no estás en mi liga, ni siquiera estás en mi mismo plano dimensional, fallo evolutivo de los cojones.

Neil se rio con ganas.

—¡Fallo evolutivo de los cojones! —soltó—. Madre mía..., esa sí que... ¡Esa sí que es buena!

—No entiendo quién elegiría el pollo crujiente. Pero... volviendo a lo de Tommy; en mitad de un trabajo, el tipo decide meterse un cubo de pollo, puré de patatas y una Pepsi grande, como si trabajara en..., no sé, la puta oficina de algún asesor fiscal de Tennessee. ¿No es increíble?

—Es increíble —admitió Neil.

—Vale. Tampoco tiene importancia. Quizá pensó que tenía tiempo, o tuvo la loca impresión de que el jefe puede esperar a que te chupes la grasa de los dedos para hacer el jodido trabajo.

Neil volvió a reírse.

—Bueno. Tommy termina su pequeño banquete y regresa al aparcamiento. ¿Y sabes lo que descubre?

—No, ¿qué descubre? —preguntó Neil con manifiesto interés.

—Pues descubre... que se había dejado la ventana abierta y que todo lo que había de valor en el interior del coche ya no estaba. Se lo habían robado. Quitado. Mangado. A la mierda.

—No me jodas que...

Sappy asintió.

—Incluyendo, naturalmente, el sobre con los seis mil dólares.

Neil agachó la cabeza y la sacudió lentamente.

—No me lo puedo creer —dijo.

Sappy empezó a reír con ganas.

—En serio. Lo de Tommy es de..., no sé..., estudio sociológico. Tenía el puñetero sobre en el asiento del copiloto, justo donde estás sentado ahora. A la vista. Seis mil dólares del dinero más negro que puedas imaginar.

—Ya, ya me imagino —exclamó Neil.

—Total, que Tommy debió de pensar: «¿Qué hago ahora?». Me lo imagino en el aparcamiento, andando de un lado a otro junto a su coche, con los cables de la radio asomando en el puñetero frontal del coche. «¿Qué hago, qué hago?»

—No es mucho dinero —dijo Neil—. Dime que volvió a casa, sacó seis mil de donde quiera que los guardase y los repuso.

—No sé si Tommy tenía o no tenía seis mil dólares disponibles. Viendo cómo viste, el coche que tiene, dónde vive y la mierda de comida que come, con la notable excepción del Kentucky Fried Chicken, diría que no tenía los seis mil dólares ni ninguna cifra que se acercase.

Neil se encogió de hombros.

—Así que... ¿qué hizo? No es que el hermano del jefe fuese a firmarle un recibo ni nada por el estilo. Pues cogió su coche, volvió a casa y le dijo al jefe que todo estaba arreglado.

—Oh, Dios mío —soltó Neil.

—Exacto. ¡Oh, Dios mío! De todas las cosas que podía haber hecho, eligió el camino que con más probabilidad lo llevaba directo a la perdición.

—Déjame adivinar qué pasó después —dijo Neil.

—¡Adelante!

Neil carraspeó brevemente.

—Bien —empezó—. Tommy... mintió al jefe, y no solo eso, dejó a su hermano con la deuda. Una bonita cantidad, por cierto. Seis mil dólares. Conozco a mucha gente que te llevaría al desierto por mucho menos.

—¡Y por nada! —apuntó Sappy.

—Y por nada. Así que... imagino que ese camino llevó al hermano del jefe al otro mundo, e imagino también que ocurriría pronto. El jefe se enteró y entró en cólera. «¿Cómo es posible?», se dijo, con esa expresión que pone, las manos crispadas y la vena de la frente pulsando como el corazón de una lagartija.

Sappy se echó a reír.

—Sigue, colega, lo estás bordando.

—Así que llamé a Tommy... No. Hizo que trajeran a Tommy a la oficina. Alguien como Pete y Negro, tal vez, con sus chupas de cuero negro, y sacaron a Tommy de su salón y lo llevaron a la oficina sin darle tiempo a ponerse unos pantalones.

—¡Dios, tío! ¡Dime que te han contado la historia!

Neil sonrió.

—No, no me la habían contado, pero es como si lo viera. Así que el jefe se plantó delante de Tommy y le preguntó... le preguntó: «¿Acaso no le diste el dinero, hijo de puta?».

—¡Es justo como me lo contó Burke, colega! —soltó Sappy entusiasmado.

—Tommy se acojonó —siguió diciendo Neil—. Puede que recibiera un par de golpes, conociendo al jefe, y acabó confesando. Le dijo que en un par de días conseguiría el dinero y se lo haría llegar a su hermano, que estaba... que estaba totalmente en ello, que casi lo tenía, y que cuando lo tuviera... El jefe comprendió de repente. Habían matado a su hermano porque Tommy no entregó el dinero como le había pedido. Y no solo eso. Le había mentido. El jefe ha pillado a alguien en una mentira, y eso lo pone...

—Loco —dijo Sappy—. Lo pone totalmente loco.

—Loco es poco, colega —soltó Neil, sacudiendo la cabeza—. Vaya. No me hubiera gustado limpiar lo que debió de haber quedado de Tommy después de aquello.

—Todo en bolsas pequeñas —exclamó Sappy, riendo entre dientes.

Neil seguía sacudiendo la cabeza.

—Vale, pero... pero... hay algo que no entiendo de todo esto. Comprendo que el jefe no quisiera dejarse ver en todo este asunto; tiene su orgullo, eso lo sé, pero no entiendo por qué no le pasaba una cantidad de dinero lo bastante grande como para olvidarse de él una buena temporada.

—No conociste al hermano del jefe —respondió Sappy—. Si le hubiera abierto una cuenta con medio millón de dólares americanos, esa misma noche habría dado una fiesta de medio millón de dólares americanos. Habría acabado en el canal, con más cocaína que sangre en el cuerpo, y quince mamadas de cinco mil pavos en el historial de su jodida herramienta.

—Entiendo —dijo Neil en voz baja, otra vez con los ojos cerrados—. Creo que ya intuyo cómo nos lleva todo eso hasta Lincoln.

—Bueno —respondió Sappy—, ya conoces al jefe. Es un perfeccionista, a su manera. Y si hay alguien a quien no le gusta dejar cabos sueltos..., joder, ese es el jefe.

—Desde luego —admitió Neil.

—Investigó el asunto de la deuda. Puede que Tommy pusiera la pistola en la mano de quien lo hizo, pero desde luego él no apretó el gatillo. No le costó mucho averiguarlo. Cuando alguien se ocupa de alguien por una deuda deja un mensaje, ya sabes, para que otros morosos se acojonen y se preocupen de tener los billetes bien planchados y dispuestos en fajos primorosamente atados.

Neil volvió la cabeza hacia Sappy.

—¿Primorosamente? —preguntó—. ¿Dónde... dónde has aprendido esa palabra?

Sappy empezó a reírse con tantas ganas que el coche se ladeó ligeramente a la izquierda.

—¡Tengo mis momentos, tío! —exclamó—. ¡Pero no nos salgamos del tema, que estamos llegando y no me gusta dejar las historias a la mitad!

—Oh, bueno —dijo Neil—. Ya tenemos todas las piezas del puzzle. La deuda era con Lincoln, o la gente de Lincoln. Lincoln y su... grandioso mercado de..., bueno, de casi todo lo que haría avergonzar a cualquier madre.

—Bingo —exclamó Sappy—. Estaba delante cuando el jefe se enteró.

—¡No!

—Justo delante, hermano. Te juro que se puso rojo, luego morado, luego... púrpura, púrpura con centellitas, púrpura como una... como

una condenada estrella a punto de estallar. Y luego estalló. Nunca lo había visto así.

—¿Se cabreó mucho cuando se enteró de que había sido Lincoln? ¿Eso fue lo que lo hizo explotar?

—Se cabreó como nunca lo has visto. Dio un golpe en la mesa, que crujió como si fuera una tabla de conglomerado cutre del puto Ikea. Piensa que Lincoln había hecho crecer sus negocios por todas partes. Ya le había quitado un par de asuntos al jefe, y estaba comiéndole los huevos en un par de temas. El jefe es un hombre de negocios; lo único que le interesa es la pasta. Puede que al principio le dejara un poco de aire, al fin y al cabo, el jefe tiene demasiados frentes abiertos por todas partes. ¿Que Lincoln se hace fuerte en el norte de Nueva York con la coca? Bueno, el mercado es bastante grande. Una guerra abierta implica muchas cosas y, sobre todo, te jode la vida durante bastante tiempo, siempre mirando hacia atrás por encima del hombro, trasladando a la familia por seguridad y cosas así. El jefe tiene ya sus años y no quería pasar por eso otra vez.

—Ya entiendo —asintió Neil.

—Pero las cosas se habían salido de madre de repente.

—Y por eso estamos yendo a su mansión privada en Hillsdale.

—Eso es —dijo Sappy—. El jefe envía a los mejores para el trabajo más fino, colega.

Neil asintió.

—Bueno, nos lo hemos ganado.

—Nos lo hemos ganado.

Sappy miró a Neil de reojo.

—¿Tienes ya toda la información que te faltaba, colega?

—Sí —afirmó Neil—. Tengo que admitir que ya lo sabía casi todo, pero... siempre me gusta escuchar una buena historia.

—Será fácil —respondió Sappy—. Ya nos hemos ocupado de su pequeño servicio de seguridad. Buenos tipos. No hizo falta demasiado para que se olvidaran de su responsabilidad con Lincoln.

—¿Qué... qué hizo falta? ¿Solo dinero?

—Solo dinero —soltó Sappy, deslizando la mano en el aire.

—Eso es bueno. Muy bueno. El dinero, digan lo que digan, es felicidad concentrada. Es la manera de zanjar las cosas. Cualquier otro camino es... bueno, poner silicona a una tubería de la que se escapa el agua. Funcionará un tiempo, pero volverá a fallar. Si hay que... apretar las tuercas

a alguien con otros temas, bueno..., en ese caso siempre van a quedar flecos. Y los flecos son sorpresas tan imprevisibles como inesperadas

—Nah —exclamó Sappy—. No te preocupes por eso, tronco. Cuando esos cabrones nos vean entrar, encontrarán de repente algo que hacer en alguna otra parte. Ya te digo. Y no solo por la pasta que les hemos dado ya, sino por la que les daremos si todo sale bien.

—Eso es muy inteligente, colega.

Sappy asintió.

—Bueno. Pues ya no queda mucho. La casa debería estar en lo alto de esa loma.

Neil miró por la ventana. Habían llegado a una zona tranquila, una calle amplia con coches aparcados en las aceras, frente a chalets independientes rodeados de generosos jardines. Un Lexus. Un Camaro. Un coche europeo con aspecto de superar los sesenta mil dólares americanos. En uno de los jardines delanteros, un enorme roble cuidadosamente podado revelaba una estructura de madera entre sus ramas, el refugio de algún niño, construido sin duda por algún carpintero contratado por los padres. Madera noble, esquinas perfectamente encajadas, ribetes y florituras que recordaban a la casa de los enanitos de Blancanieves más que a los tablones burdamente claveteados que solían tener las casitas de árbol de los niños. Había técnica, buen gusto y experiencia; un carpintero caro. A Neil no le hizo falta ver muchos más detalles para descubrir que era una zona para familias de nivel adquisitivo alto.

—Buenas casas por aquí —opinó Neil.

—Sí, señor —afirmó Sappy—. Casas caras, poca gente.

—Cámaras de seguridad...

—En la mayoría de los porches y escondidas en algunos de los árboles. Lo comprobé. Pero esta gente con pasta apunta sus cámaras hacia la casa, no hacia la calle. ¿Hacia la calle para qué? Lo que quieren es vigilar sus cosas, su propiedad, sus hijos, sus pertenencias. Al resto del mundo le pueden ir dando. De todas maneras, tío, este trasto estará desguazado esta misma noche, tronco.

Neil asintió.

—Y..., ah, joder... Ahí justamente está el camino de entrada.

Neil levantó la mirada. Había una verja al final de la calle, en el lado más alejado de una rotonda, una verja negra, con penachos dorados, encajada en un muro blanco. En el centro de la doble hoja de hierro había una letra ele forjada.

—Ele de Lincoln —comentó Neil en voz baja.

—El tipo es un ególatra de cuidado. Escucha..., no sé si tendrá alma o no, pero tiene un coche que costó..., agárrate..., uno coma cuatro millones de dólares americanos.

—¿Un millón y medio de dólares? Sí que era exclusivo.

—No sé qué pueden ponerle a un coche para para que cueste eso. ¿Fibra de carbono, cargador de móvil, un cenicero de alta capacidad, un... tubo de escape de titanio mejorado?

Mientras hablaba, Sappy detuvo el coche a cierta distancia de la entrada.

—No, no, no... —dijo Neil con rapidez—. Es por la exclusividad. Esos coches son tan caros por la exclusividad. Fabrican pocos.

—Exclusividad. Bueno, no sé —respondió Sappy mientras abría la puerta—. Creo que alguien a quien le preocupa tanto lo que conducen los demás como para pagar un millón y medio de dólares no puede estar muy bien de la cabeza. O sea, ¿a quién carajo le importa cuántos coches existan mientras puedas conducir tú uno?

Neil sonrió y bajó del coche.

Sappy se ajustó la chaqueta y respiró el aire de la noche. Era diciembre, pero aún hacía tiempo de septiembre; cálido y con cierta fragancia sutil a flores y césped que recordaba todavía el verano. Ese año el invierno llegaba tarde.

—Bueno, vamos al trabajo.

Neil inclinó ligeramente la cabeza.

—¿Puerta principal? —preguntó.

—No. Tengo el código, pero no iremos por la puerta principal. Lincoln tiene un panel con esas cámaras en su despacho, y basta que sea su noche de mirar los paneles para que se le levante una ceja.

Neil asintió.

—Hay un acceso para proveedores arriba. Caminaremos como dos buenos ciudadanos por la acera hasta allí mientras charlamos y no levantaremos sospechas.

—Por los trajes elegantes —dijo Neil, extendiendo las mangas.

—Eso es. Por los trajes elegantes. Pero no te comportes como si fuera tu primera noche de chico mayor con tu primera chaqueta o conseguiremos el efecto contrario.

—Perdona —dijo Neil—. No me... acostumbro a llevar tanta ropa.

—Sé que no forma parte de tu vestimenta habitual, tronco. Pero hay que hacer lo que hay que hacer. Es un barrio de gente adinerada. De esta

manera pasaremos por invitados del señor Lincoln. Hasta podríamos ser sus abogados. ¿Te parece que tengo cara de abogado?

—No tienes cara de abogado, tío —respondió Neil con una sonrisa—. Los abogados tienen la cara avinagrada, como si... como si...

—Como si acabaran de sacar los hocicos del culo de alguien; por supuesto, con un par de billetes de los grandes en la boca.

Neil soltó una pequeña carcajada.

—Eso es, tío. Muy bueno.

—Bien. Sigue hablando, colega. Somos dos abogados muy enrollados charlando animadamente de nuestras cosas mientras nos dirigimos a ver al señor Lincoln. La noche es perfecta, y dentro de poco estaremos de vuelta en casa con otra paga en el bolsillo. Hay que pensar en la jubilación.

Caminaban, sí, pero mientras parecían charlar desenfadadamente como lo harían dos caballeros en un barrio decente acicalados por el éxito financiero, entre casas que costaban una pequeña fortuna, escudriñaban alrededor. Daba la sensación de que iban a reunirse con algún colega, charlando quizá sobre inversiones en bolsa, entretenidos con sus anécdotas de despacho, hablando sobre el futuro de los *bitcoins* y de cómo un tipo que conocían había hecho cifras de seis dígitos y vivía en Miami regalándose masajes con final feliz día sí y día también. Pero escudriñaban, sí. Miraban alrededor dando vistazos rápidos, breves, expertos, el tipo de vistazo que no se enseña en ninguna academia, sino el que vas aprendiendo con la experiencia, después de un par de encerroñas y fracasos, los que hubieran salvado una noche en la que uno acaba en el suelo con una bala en la rodilla. Nada quedaba al azar. Revisaban los coches aparcados, sus matrículas, su aspecto. ¿Alguno estaba demasiado limpio o demasiado sucio? ¿Alguno desentonaba con los coches de alta gama aparcados delante de las puertas de las casas? Repasaban los rincones en penumbra, lo que podían ocultar y lo que no, las ventanas, cada puerta, las sombras que proyectaban los vehículos tocados por las farolas, si estaban todas encendidas o había alguna apagada, si había un cúmulo de cigarrillos en el suelo junto a la ventana de un coche. Hasta el olor de la calle. A veces los olores escondían cosas.

—Esta mañana leí sobre este sitio en el periódico —mencionó Neil.

—No dejas nada al azar, ¿eh? —repuso Sappy.

—No, desde luego, si puedo evitarlo.

—¿Y por qué este sitio salía en el periódico?

—Porque anoche asesinaron al *sheriff* y, por cierto, a unas cuantas personas más.

—Vaya. Apuesto a que el *sheriff* debía de estar metido en algo, o a punto de descubrir algo.

—En todo caso —continuó diciendo Neil—, la pasma de por aquí debe de estar nerviosa esta noche.

—Bueno. Eso explica las sirenas que he estado oyendo mientras veíamos.

Neil asintió.

—Solo para tenerlo en cuenta.

—Claro que sí, colega. El viejo Sappy lo tiene todo en cuenta. ¿A cuántos tipos más que se dediquen a lo nuestro conoces que tengan en cuenta la jubilación, por ejemplo?

—Bart *el Moro*.

—Bart *el Moro* es una naranja en un barril de manzanas. Una... anomalía, en este trabajo y en cualquiera. Qué tipo tan fascinante. Lo único que no entiendo es cómo cojones sigue vivo, pero... ahí está. De pie. Con esa mirada torcida que me pone de los nervios.

—Al menos es de los nuestros —observó Neil.

—Escucha, tío, Bart *el Moro* es de los nuestros porque el jefe le llena bien los bolsillos. Mucho mejor que los nuestros, por cierto, o eso he oído. El día que alguien le ponga un par de maletines sobre la mesa para que se ocupe del jefe, o de ti, o de mí, bueno..., eso es exactamente lo que hará, sin torcer ese gesto de buey que tiene.

—Esperemos que no.

Llegaron a la verja principal, pero siguieron caminando en paralelo a la valla. Era un bonito camino, pavimentado con baldosas relucientes y nuevas, como si nunca nadie hubiera transitado por allí. Probablemente era así. Unos saludables setos se entrelazaban con las varillas de hierro pintadas de negro. Hojas verdes y lozanas, nacidas de un parterre cuidado por un jardinero experto y dedicado, con un amplio presupuesto para fertilizantes. No, Sappy no usaría el acceso principal; con seguridad debía de haber cámaras en alguna parte. Había orquestado una entrada mucho más discreta, acordada por el equipo de seguridad; un acceso trasero, la entrada de proveedores que comunicaba directamente con la cocina y el almacén, más allá de un pequeño aparcamiento privado. Un camión de reparto refrigerado estaba estacionado a un lado. Neil pensó divertido que aquel debía de ser el carrito de la compra de Lincoln.